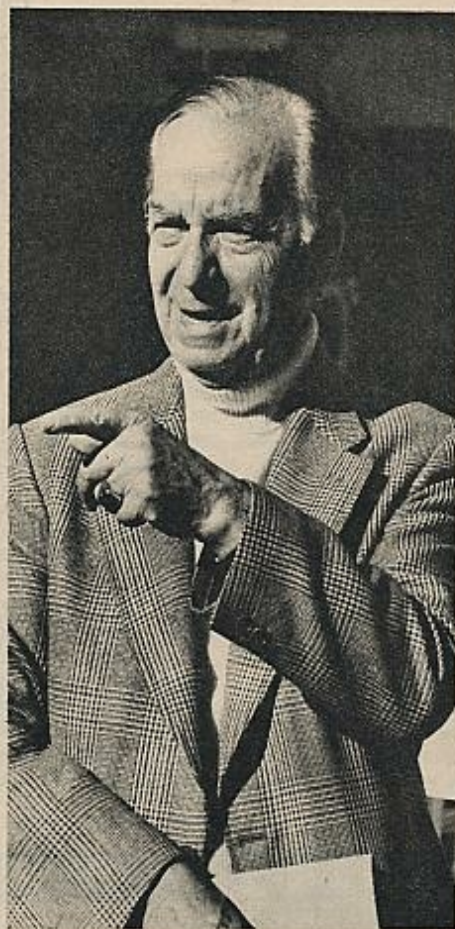


LIBROS

«La parranda» vuelve del exilio

«La parranda» (Editorial Júcar, 1974), de Eduardo Blanco-Amor, regresa del exilio como una de las novelas más raramente mágicas y poderosas de la literatura gallega y castellana de los últimos veinticinco años. Escrita y publicada por primera vez en gallego (Editorial Citania, Buenos Aires, 1959), apareció un año después en versión castellana de su autor en Argentina (Editorial Fabril). A los repetidos intentos para su publicación en España llevados a cabo por diferentes editoriales que trataban de recuperar esta pieza maestra de la literatura patria, la Administración y una de sus hijas predilectas —miada quizá por su condición subnormal—, la censura, castigó con sus rigores y sus desdenes a esta pequeña novela de poco más de 130 páginas, sometida a una serie de rechazos y dilaciones que retrasaron su aparición en el país durante el discreto período de catorce años.

Se trata de una tragedia rural, aunque el autor prefiera señalar «que quiso ser una novela de ciudad, cuya acción se desarrolla en veinticuatro horas de la vida de una ciudad gallega finisecular». Pero los tres protagonistas, con su estructura mental y su jerarquía de valores y su raigambre campesino indisolubles e intactas, como la sociedad en la que se mueven, el mundo suburbial y no integrado de una pequeña capital de provincia, Orense, de finales de siglo, proporcionan a la obra un carácter de relato rural trasladado por unas horas a un escenario afín: los alrededores, las prime-



Eduardo Blanco-Amor.

ras casas, las tabernas, estas caciones, camposantos, prostibulos y pazos de la ciudad. Es decir, lugares de pasada, no despersonalizadores, ni tampoco transformadores de la identidad, como sería el caso del trabajo, sino más bien, apurando un poco, aglutinadores de ese microcosmos campesino que deambula por unas horas o malvive sin puntos de referencia, perdido en la hostilidad de una capital.

Aunque la tragedia que nos ofrece «La parranda» —hubiera sido mejor conservar el originario título en gallego «A esmorga», juega a muerte, que expresa con mayor exactitud el sentido de la narración— no representa una tragedia en el sentido clásico del término, en la que los personajes se ven arrastrados fatalmente a su destino por decisiones de dioses, demonios y demás personajes de la fauna sobrenatural. En la Galicia panteísta, don-

de todas las cosas y los seres permanecen fundidos a la tierra, los destinos humanos se rigen también decisivamente por la lluvia, el frío, los sabañones, las corredoiras y los bosques de árboles y sombras individualizados.

Una turba de pícaros, taberneros, tratantes, arrieros, fletes de juega seca, prostitutas, chulos, señores dementes y damas lejanas sirven de fondo y estímulo a los tres picadores de morrillo que, una obsesionante mañana de lluvia, deciden no ir a la obra de la carretera nueva donde trabajan. La epilepsia levemente insinuada de uno de ellos, en contraste con las ambiguas relaciones de los otros dos, temperamentos primitivos en la frontera del machismo y la homosexualidad, conforman el ritmo trepidante de la novela, que arrastra inexorablemente a los protagonistas hacia sus destinos finales, envueltos en las sonadas correrías y en

enormes tragos de vino nuevo de «buena aguja y de buen labio». Una atmósfera de esperpento se introduce en ocasiones en el dramático realismo de la novela. Los golpes y las pelcas, las copas y la vecindad de la lumbre ponen las caras de los tres esmorgantes «grandes y bermejas, semejando caretas de Carnaval». De ello no se libra tampoco la figura del juez que reconstituye los hechos durante el proceso del provisional superviviente de la parranda, quien aparece hierático y sin nombre, sin pronunciar una sola palabra, concebido así originariamente para evitar un problema técnico en su primitiva redacción gallega, que si hiciera hablar al juez en castellano resultaría una novela bilingüe.

La novela es decisiva en la literatura española del género. La riqueza del lenguaje, el humor, los rasgos psicológicos, la fuerza de las situaciones y ese barroquismo funcional en la construcción de la frase, tan característico de la prosa de Eduardo Blanco-Amor, convierte la publicación de «La parranda» en España en un acontecimiento literario vigoroso y actual, con la implacable vigencia de quince años de proscrición ■ FRANCISCO CERECEDO.

La pereza como arma revolucionaria

Con excesiva frecuencia se aplica la denominación de «escrito revolucionario» a simples exposiciones de reordenamiento de lo que hay, a manuales de maquiavelismo que cuentan cómo lograr que el poder cambie de manos (o la propiedad de dueños), sin dejar de ser poder (o propiedad). Puede tener su gracia, su interés o su oportunidad el dar la vuelta a la tortilla, pero en modo alguno tal acontecimiento merece el nombre de «revolucionario», a no ser que ampliemos el término hasta las indecentes latitudes que hablan de «revoluciones

en la moda» o de «revoluciones en la Iglesia»; al menos desde un punto de vista léxico, es defendible un uso de la palabra **revolución**, no compatible con ningún apellido ni circunscribible a ningún campo, un valor mítico y absoluto que sólo podemos intentar aprehender por vía negativa, uno de esos términos-martillo que, inútil quizá en lo positivo, sirve para demoler las bien tramadas construcciones que apoyan el derecho de la realidad a ser lo que es y a cambiar para poder mantenerse. Sólo hábitos de esa revolución total nos llegan, ráfagas que de vez en cuando aventan las cartas distribuidas de la partida concertada y dejan silenciosos, pensativos quizá, a los jugadores forzosos; así, aquella pancarta del primero de mayo en Francia: «Ni Dieu, ni maître, ni mort, ni moi». No faltaron fuertes ráfagas de este viento negro entre algunos líderes y teóricos de los movimientos proletarios de liberación del siglo pasado, como Bakunin o Marx; este último vio con notoria claridad que la tarea de un economista revolucionario no podía ser otra que sabotear la noción misma de economía, tal como un verdadero trabajador revolucionario sólo puede aspirar a la abolición pura y simple del trabajo, o un político revolucionario —si tal contradicción fuera imaginable— no debería pretender más que la supresión de la política, es decir, del Estado. Desdichadamente, muchos aspectos de la labor teórica de Marx no estuvieron a la altura de su fundamental lucidez revolucionaria, de lo que quizá haya que culpar a su carácter mismo, tan teutonamente poco libertario; huelga decir que, tanto en su época como en la nuestra, han sido los rasgos menos revolucionarios de Marx los que han tenido más audiencia, contribuyendo incluso, al ser manejados por los políticos, a configurar algunos de los rostros más estables y re-

pulsivos del orden vigente. A partir de la crucial experiencia de la segunda guerra europea, los intérpretes de Marx han radicalizado la bifurcación de las dos lecturas de la obra del gran antieconomista: unos hacen fundamental hincapié en el proyecto científico, directa herencia decimonónica, y expresa renuncia a lo revolucionario en el sentido mítico-absoluto que hemos definido antes; otros se aferran con desesperada esperanza a la gran negación utópica, abandonando cuando es preciso la ganga científica y autoritaria que hasta hoy ha caracterizado las realizaciones históricas del comunismo.

Ya en vida de Marx se incoaban estas dos lecturas diferentes, y el mismo pensador de **El capital** fue un Jano bifronte desgarrado por las exigencias de ambas. Entre los textos de aquella época en que más se han reconocido los propugnadores del Gran Rechazo, destaca «El derecho a la pereza», de Paul Lafargue, presentado ahora en cuidada edición por la editorial Fundamentos, con un informado y riguroso estudio preliminar de Manuel Pérez Ledesma (1). Con Lafargue se constata de nuevo la importancia del temperamento de una persona en su toma de posición teórica: gracias a su «foga-sidad» y su «pereza» criollas, que Marx no dejó de reprocharle, Lafargue llegó a vivir muchas de las instituciones revolucionarias que en Marx quedaron medio ahogadas por su personalidad laboriosa y disciplinada —léase disciplinaria—, que, tanto influyó en sus teorías. La vida misma de Lafargue parece sacada de una novela de Baroja: fue hijo de un francés y una mulata cubana, proudhoniano, yerno de Marx, agitador comunista en España, donde se enfrentó con la preponderancia anarquista; periodista subversivo, di-

(1) El derecho a la pereza, P. Lafargue. Ed. Fundamentos.